

jantes al de la cabuya común. La *piña* tiene pencas más angostas, dos ó tres veces más largas que las anteriores, más delgadas y más ricas en fibra textil sumamente resistente; en vez de magney produce tallo central corto, coronado por una hermosa piña, que más que agave lo hace parecer *bromelia*. Esta especie tampoco suministra licor. El henequén está bien definido en el Diccionario, y no es conocido en la América del Sur.

282. Véase el bellissimo artículo que sobre la *concisión en el estilo* trae el Diccionario de Baralt; si no lo copio es por su demasiada extensión para las dimensiones de este libro.

284. Cundir aparece como anticuado en la acepción de ocupar, llenar, muy usada aún entre nosotros: "Está cundido de piojos". Pero como todavía subsisten significados análogos de ese verbo, v. g., el de "propagarse, extenderse, multiplicarse una cosa", ya material, ya inmaterialmente, bueno será que no prescindamos de la acepción que hemos conservado.

285. Vimos en la nota 107 que el notable crítico Suárez pone en duda la razón que Bello tuviera para calificar de corruptela el uso de *cuyo* cuando no envuelve idea de posesión; pero olvidé citar la decisión de la Academia acerca de este punto, y que lo resuelve en pro de la opinión de Bello. En las páginas 219 y 282 de la *Gramática* corren las resoluciones respectivas, en que se califica de *craso desatino* el uso notarial de *cuyo*.

286. Ni la Academia, ni Bello ni ningún otro gramático mencionan entre los verbos defectivos á *denegrir*, que evidentemente no puede conjugarse sino como *abolir*. Las personas que le faltan se suplen con las de sus sinónimos *denegrecer* y *ennegrecer*.

287. Descachar. Proscrito *cacho* por cuerno, lógico sería que signiera su suerte *descachar* por descornar; pero habiendo sido admitida la equivalencia de esas dos voces, y siendo además *cacha* "cada una de las piezas ú hojas de que se compone el mango de las navajas y de algunos cuchillos", ¿por qué omite el Diccionario los verbos *encachar* (éste es anticuado por encajar, empotrar) y *descachar* ó *descacharse*, por poner, quitar ó caerse esas hojas ó cachas? Bueno es advertir que el comunísimo refrán *Hasta las cachas* (sobremañera, á más no poder), es castizo, pero en modo alguno los equivalentes que le damos: "*Hasta donde lo hizo el herrero*", "*Hasta donde me costó real y medio*", "*Hasta donde dan secas*".

288. Pródigo es el Diccionario en verbos contruñidos con la partícula *des*, para significar acción contraria á la del verbo que entra en el vocablo, ó para expresar exclusión, vacío, omisión &c. Sin embargo olvidó á *descalostrar*, que tanto aplicamos nosotros en la acepción de sacar ú ordeñar la *leche calostrosa* (el calostro) á las vacas recién paridas, para que no se les endurezca la ubre.

289. Elipsis. Es esta una figura consistente en la omisión de palabras necesarias en todo rigor gramatical para completar el discurso, pero que hacen falta para comprender su sentido. Sobre cuándo se comete abuso con la elipsis, véanse la *Gramática de la Academia*, página 269, y el *Diccionario de Galicismos* de Baralt, página 201.

290. A propósito del signo *§*, representativo de *etcétera*, que quiere decir y lo demás, y lo que falta, bueno es advertir que es enorme disparate leer ciertos nombres de casas comerciales, como Restrepos & Compañía, Camacho Roldán & Tamayo, diciendo Restrepos *etcétera* Compañía, Camacho Roldán *etcétera* Tamayo. ¿Qué galimatías queda si á tales *etcéteras* se sustituye su significado? ¿Qué querrá decir *Restrepos y lo demás Compañía*? La *i* se escribió en lo antiguo *§*, como puede verse en libros y manuscritos del siglo pasado. El comercio la ha, malamente, conservado, y es inútil advertir que como debe leerse es *Restrepos y Compañía*. Bien podría el gremio desterrar la antiqualla, aunque no fuera sino para ahorrar disparates á los ignorantes y tontos; ó también escribir la *etcétera* así: &.ª ó etc.

291. *Folklore*. La vida nueva en que el vertiginoso progreso moderno hace entrar á la mayor parte de los pueblos, los obliga á variar sus usos, necesidades, aspiraciones y costumbres, les hace perder su carácter y tipo propios, y por la influencia niveladora del ferrocarril, el buque, el periódico y el comercio, les hace mudar sus diferencias cardinales y les da una fisonomía común. En el punto en que esa transformación se verifica, conviene fijar las tradiciones y costumbres que se van, antes de que el olvido las haga desaparecer por completo: hé ahí el objeto del *folklore*, que si no es una ciencia nueva, es por lo menos una naeva dirección científica. La palabra es inglesa y significa *ciencia, doctrina ó saber popular*; tiene los derivados *folklorista*, sustantivo, y *folklorico*, adjetivo. Es voz admitida hoy en muchas lenguas modernas, porque no tiene en ninguna un exacto equivalente. El fin del *folklore* es, pues, "recoger los conocimientos científicos del pueblo, los proverbios & refranes, cantares, coplas, metáforas, comparaciones, adivinanzas, acertijos, consejos, cuentos, leyendas, fábulas y tradiciones; las ceremonias, espectáculos y fiestas; los ritos, creencias, supersticiones, mitos y juegos infantiles; las locuciones, giros, trabalenguas, frases hechas, motes, apod.s, modismos y provincialismos; los nombres históricos ó curiosos de pueblos, sitios y parajes, piedras, ríos, animales y plantas; en suma, todos los elementos constitutivos del genio, del saber y del idioma patrios, contenidos en la tradición oral, como materiales indispensables para el conocimiento y reconstrucción científica de la historia". (Base 1.ª del *Folklore* español). En todos los países hay hoy publicaciones *folkloricas* especiales; muchos hombres notables se ocupan en realizar ese plan, tales como Kölher, en Alemania, Gubernatis, Prato y Pitré, en Italia; Cosquin, en Francia; Emilia Pardo Bazán, Machado, Guichot y otros, en España; Teófilo Braga, en Portugal &.ª Parece que es tiempo oportuno de hacer algo parecido en Colombia, donde apenas empieza la transformación del progreso á hacer olvidar las tradiciones. Para ejecutar el trabajo de recogerlas sirve todo el mundo, pues lo que importa es escribirlas con fidelidad, sin adornos ni galas literarias, sin alterar la forma vulgar con que corren en el pueblo. El autor de este libro agradecería el envío de cualesquiera piezas propias para formar el *Folklore colombiano*.

292. Baralt aconseja la admisión de *medianía* como sinónimo de mediocridad (estado de una cosa entre grande y pequeño, entre bueno y malo), y aplicado á personas para significar que son poco notables, que no sobresalen por talento ni ciencia, que son medianas, casí nulas ó enteramente insignificantes. El Diccionario, como se ve en el texto, ha adoptado sólo en parte esa opinión.

293. MULETILLA. Creí á primera vista que entre las acepciones de esta palabra faltaba en el Diccionario la de "voz ó frase que inadvertidamente y por vicioso hábito repite una persona con mucha frecuencia en la conversaci6n ó en sus discursos"; y pensaba hacer la observaci6n del caso en esta nota. Pero examinando mejor el punto, he notado mi error, pues tal acepci6n aparece en el artículo BORDÓN, al cual se refiere el de MULETILLA.

294. Hay en la India una planta aromática cuyas hojas se ponen entre los vestidos de lana para alejar los insectos, y de cuyo aceite esencial se fabrica un valiosísimo perfume; su nombre es *patchouly*, y en esta forma la escriben algunos autores españoles, copiando la palabra inglesa y francesa; pero el Diccionario académico no la registra de ningún modo. Ese vocablo es, no obstante, popular, pues falsificaciones baratas del perfume mencionado tienen extenso consumo. Por lo tanto, sería conveniente castellanizar la palabra tal como la pronuncia el pueblo: *pachulú*.

295. Se criticó en el texto el término *paro* empleado por los jugadores. Luégo he visto que no es sustantivo, sino inflexi6n castiza del verbo *parar*.

296. A quien quiera conocer algunos de los fundamentos de la reforma ortográfica llevada á cabo por la Academia en materia de acentuaci6n, lo remito á la página 101 del *Tratado de Puntuaci6n castellana* por Juanjo Henao. Pienso que esa Corporaci6n parti6 de un buen principio al disponer la reforma, pero que habiéndolo exagerado en sus consecuencias ha llegado á producir dificultades y embrollo. En la página XLI de las *Nociones de Gramática* que van en el prólogo de este libro, traté de condensar las reglas ortográficas sobre el uso de la tilde. Comunmente la ponen por error á *fue, fui, vio, dió, río, pie, pies, buen, bien, cien, sien, Luis, ruin, Dios, Juan*; no la pinta el Diccionario á *oir* y *reír*, que deben llevarla según Cuervo; pero en esa obra está escrito *brío*, como *río*, que nuestro filólogo cree, sin raz6n, que debe ser *brío*. A muchos ocurren dudas sobre el uso de la tilde en vocablos en que entra la combinaci6n *ui*; si no forma diptongo, lleva tilde la *i*: *casuista, jesuita, huída, circuit, contribuir* (y todos los verbos acabados en *uir*, sin embargo de que el Diccionario los escribe sin tilde); si las dos vocales forman diptongo van sin tilde: *cuido, juicio, circuito, ruido cuita*.

297. Demuestra Bello de una manera terminante que el verbo imaginario *yoguer* ó *yoguir*, á que algunos gramáticos atribuyen las formas *yogue* ó *yogui*, *yoguiste*, *yogo*, *yoguimos*, *yoguisteis*, *yoguieron*, *yoguiese* ó *yoguiera*, *yoguiese* ó *yoguiera*, *yoguiera* ó *yoguiera*, no ha existido jamás en castellano, y que esas formas provienen de *yacer*, como *cupó*, *quepa* y *supo* de *cabe*; y *saber*, *hice* de *hacer*, *plugo* y *pluguiera* de *placer*. Y esa demostraci6n, que antes de Bello nadie había dado, es tan convincente, que ha merecido la aprobaci6n de cuantos críticos han juzgado la obra del sabio americano (V. SUÁREZ, *Estudios gramaticales*, página 14). A pesar de todo, el Diccionario académico sigue trayendo á *yoguir* como anticuado de *yogar*, verbo cuya antigua existencia reconoce Bello, pero sosteniendo que era regular y que nada tenía de común con *yacer*, pues significaba *jugar, folgar*.

FIN

